

# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos



Una compilación  
de 15 cuentos  
escritos por niños,  
niñas, jóvenes  
y adultos

2022





# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

## **Secretaría Distrital de Ambiente**

Secretaria distrital de Ambiente  
Carolina Urrutia Vásquez

## **Jefe de la Oficina de Participación, Educación y Localidades**

Alix Montes Arroyo

## **Jefe de la Oficina Asesora de Comunicaciones**

Gabriel Murillo Rojas

### **Compilación**

Rosa Ángela Salamanca Camargo  
Édgar Ismar Delgado Tobón

### **Revisión de estilo**

Diana Carolina Mora Forero

### **Diseño y diagramación**

Oficina Asesora de Comunicaciones

### **Autores**

#### ***Categoría infantil***

Danna Valentina Guerrero Ortiz  
Álison Valeria García Martínez  
Sofía Pinilla Amaya  
Eva Arenas Cepeda  
Sara Valentina Barrera Torres

#### ***Categoría juvenil***

Johan Sebastián Baquero Rozo  
Carol Daniela León Hoyos  
Mayra Luna chaparro García  
Miguel Felipe Mantilla Guzmán  
María Alejandra Rodelo Pulido

#### ***Categoría adultos***

Jonathan Stiven Rojas Rivera  
Arnulfo Baquero Másmela  
Ana Carolina Guerrero Urián  
Simón Antonio Barbosa García  
Mariela Cano





# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

## Tabla de contenido

<b>Introducción</b>	4
<b>Presentación</b>	5
<b>1. Categoría Infantil</b>	6
<b>1.1.</b> El sueño de Susana	7
<b>1.2.</b> El humedal de los recuerdos	9
<b>1.3.</b> La mariposa Rosita	11
<b>1.4.</b> Quebrada Yomasa, contaminada por falta de acciones humanas	13
<b>1.5.</b> Un ambiente amarillo	15
<b>2. Categoría Juvenil</b>	16
<b>2.1.</b> Chocolate sabanero	17
<b>2.2.</b> Bogotá, más cerca de los humedales	19
<b>2.3.</b> El gran sueño urbano	21
<b>2.4.</b> No más, no más, no más	23
<b>2.5.</b> El río de cristal	25
<b>3. Categoría Adultos</b>	27
<b>3.1.</b> El paraíso	28
<b>3.2.</b> Los pequeños con fuerza	30
<b>3.3.</b> Un día en el hotel	32
<b>3.4.</b> Mirada desde la parte alta	34
<b>3.5.</b> Un jardín mágico	36
<b>4. Presentación de jurados</b>	38

# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

## Introducción

En el marco de la Semana Ambiental 2021, y en aras de reconocer las percepciones e historias que los ciudadanos tienen de los espacios verdes, se llevó a cabo el concurso 'Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos', el cual contó con tres categorías de participación: Infantil (14 años o menores), Juvenil (de 15 a 28 años) y Adultos (29 años en adelante).

Estos relatos fueron revisados y evaluados por un jurado calificado, quienes, por categoría, seleccionaron a los 10 mejores. Posteriormente, estos fueron dispuestos para votación por parte del público, que se encargó de elegir cinco por cada categoría. La evaluación se definió a través de los criterios estipulados para tal fin: creatividad, originalidad, afinidad con el tema propuesto y presentación, entre otros.

Es importante resaltar la creatividad y el entusiasmo que los concursantes dejaron ver en cada uno de sus textos, al exaltar las vivencias que tienen con los escenarios naturales y la forma en que se han configurado en un referente importante para las acciones que adelantan en sus territorios.

La presente publicación digital es la primera que se genera y recoge el sentir de los ciudadanos frente al relacionamiento con sus ecosistemas. También es una invitación a acercarse a los espacios verdes con los que cuenta la ciudad y disfrutar de sus beneficios ambientales.



# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

## Presentación

Bogotá es una ciudad cuidadora, diversa, pluriétnica, incluyente, reconciliadora, productiva, respetuosa con la diferencia, sostenible, amigable y responsable con el ambiente, donde se promueve el fortalecimiento a los procesos comunitarios y se reconocen como base fundamental para la construcción de un territorio más resiliente.

Estos procesos, enriquecidos por el constructo social que las comunidades han tejido alrededor de la Estructura Ecológica Principal y sus elementos identitarios, la han configurado como una ciudad ambientalmente responsable y protectora de sus ecosistemas estratégicos.

Con el desarrollo del concurso **Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos**, en cabeza de la Oficina de Participación, Educación y Localidades de la Secretaría Distrital de Ambiente, abrimos un espacio de participación para que todos aquellos que habitan esta ciudad plasmaran las vivencias o sueños que tienen con los escenarios naturales. De esta manera, niños, niñas, jóvenes y adultos de todas las edades contaron cómo ha sido su relación con los

humedales, ríos y quebradas de Bogotá y la forma en que han incidido en sus vidas.

A través de estas historias, se puede ver cómo han cambiado algunos cuerpos de agua en las últimas cuatro décadas; cómo la organización comunitaria y su interés por salvaguardarlos han frenado su deterioro y desaparición; y cómo las personas se han apropiado de su territorio, convirtiéndose en pioneros de su transformación, recuperación y mantenimiento.

Es muy grato leerlos y, así, entender el relacionamiento y las dinámicas que los ciudadanos tejen alrededor de estos ecosistemas para contribuir, desde el cambio de hábitos y actitudes, al reverdecer de Bogotá, un propósito principal de nuestro Plan de Desarrollo "Un nuevo contrato social y ambiental para la Bogotá del siglo XXI". Los invitamos a todos y todas a que dediquen unos minutos de su tiempo para deleitarse con estos relatos que invitan al reconocimiento, cuidado y amor por los ecosistemas, y, por supuesto, a acercarse a los espacios verdes cercanos a sus lugares de trabajo, estudio o vivienda.



**Carolina Urrutia Vásquez**  
Secretaria de Ambiente



Categoría

# Infantil



# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

**Álison Valeria García Martínez**

**13 años**

*“Vivo en la ciudad de Bogotá, estudio en el técnico Laureano Gómez y estoy cursando el grado octavo. Mis pasiones son el dibujo y la escritura. Soy soñadora y encaminada a un mejor mañana para mí, mi familia y el mundo”.*

## El sueño de Susana

Era una linda mañana soleada en Bogotá. El sol estaba presente en el río, que ese día se veía más hermoso que nunca, a pesar de que la gente no lo apreciaba realmente.

En sus aguas se encontraban muchos animales, los cuales no sabían qué ocurría. Además, había alguien contemplándolo. Esa persona sabía que el lugar que estaba viendo debía ser cuidado de la manera más adecuada del mundo, pero no todos conocían cómo hacerlo, así que Susana empezó a pensar en una forma, una estrategia y se recostó cerca de la orilla para reflexionar.

Mientras pensaba sintió que alguien le hablaba.

—Hola, Susana. Yo te puedo ayudar con lo que quieres hacer —dijo la voz.

Ella miró por todos lados y no vio a nadie. Por esta razón, pensó que era su imaginación; sin embargo, seguía escuchando su nombre, ahora con una voz un poco más madura que la de antes, una voz con un poco más de autoridad. Se asustó un, pero decidió contestar.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —preguntó la niña un poco extrañada— ¿Dónde estás?

—Acá, en el río, acércate un poco —le dijo la voz.

Se acercó un poco asustada y se sorprendió, aún más, al ver que quien le hablaba era... un pez capitán. Estaba en el río hablándole, soñando. Hacía mucho tiempo este pez no se veía en el río, se suponía que ya estaba extinto por la

contaminación, así que pensó que estaba alucinando.

—No, no estás alucinando —le dijo el pez— Mi amiga la nutria y yo queremos hablar contigo. Escuchamos lo que decías y creemos que podemos ayudarte a resolver tu problema.

—¿Cómo? —preguntó ella con asombro.

—Es muy fácil —contestó la nutria, con una voz infantil que a ella le causaba gracia. —Te voy a explicar muy rápido. Para hacer lo que quieres, solo debes llamar la atención, y eso lo haces empezando a traer gente que quiera escuchar lo que queremos contarte.

Susana se puso cómoda porque sabía que iba a ser un relato muy interesante. Una vez sentada, el pez capitán empezó a contar esta historia:

—Hace mucho tiempo éramos amigos de los humanos, ellos nos escuchaban, respetaban y cuidaban,



# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

pero un día llegó otro tipo de humano, uno que parecía no saber el valor del río ni el valor que nosotros tenemos. Entonces, esos humanos que sí nos querían nos defendieron y, durante mucho tiempo, seguimos tranquilos, pero eso se acabó. Nuestro hogar ha sido maltratado, y esos humanos buenos y nobles que nos ayudaron ya no están. Acá donde estás vivimos muchos animales que nos escondemos. A mí casi nadie me ve, no vale la pena salir, pero de vez en cuando aparece un alma buena, como tú, que quiere ayudarnos. Tal vez pienses que no eres suficiente, pero, créeme, lo eres.

No todos se preocupan por nosotros.

—Entonces —dijo la nutria— de vez en cuando permitimos que una persona como tú escuche nuestra voz solo para pedirle que nos apoye. No debes hacer mucho, solo limpiar un poco; sabemos que no es tu desastre, pero también sabemos que lo harás de forma incondicional porque amas la naturaleza y el río. También puedes hacer que los demás te ayuden, solo necesitamos un poco de colaboración para lograrlo.

Susana se levantó sobresaltada. Aunque era un sueño sintió la necesidad de hacer algo por ese lugar en el cual le gustaba estar y sentía paz. Fue a buscar a sus amigos y, no sabe cómo, pero los convenció de ir a limpiar. Todos recogieron botellas, comida y muchas cosas más que lastimaban al río y sus animales.

Una vez finalizaron, ella sintió que la observaban. Cuando fue a mirar, ¡era el pez que le habló! No lo podía creer. Cuando volteó, vio a la nutria y pensó:

—Pero si eso fue un sueño, no es posi...

Mientras esa palabra se desvanecía en su mente recordó que ellos siempre están para que nunca olvidemos que debemos cuidar nuestro hermoso río. Ese río que desde hace mucho tiempo nos brinda paz y tranquilidad y una gran fuente de sabiduría.



# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

**Eva Arenas Cepeda**

**12 años**

*“Soy estudiante de primero de bachillerato en el Liceo Francés Louis Pasteur de Bogotá. Me gusta mucho la literatura, el dibujo y el cine, y nunca desaprovecho las oportunidades que se presentan para disfrutar de ellos”.*

## El humedal de los recuerdos

A veces Juliana se preguntaba cómo hacía para mantener bajo control a toda la clase. A veces, como en ese momento.

—Tomás, ¡no empujes!  
—Pero si yo no te estaba empujando, Elviria  
—Profe, ¿sí vio cómo me empujó Tomás?  
—Profe, ¿dónde quedan los baños?  
—Profe, se me olvidó traer las onces...  
—Profe, es que...  
—Profe...  
—¡A ver, niños! —Juliana trató de hacerse escuchar. Los alumnos callaron y la miraron.  
—No puedo ayudarlos ni responderles a todos al mismo tiempo, ¿listo? Ahora, Elviria y Tomás, dejen de pelearse. Mateo, tus onces eran tu responsabilidad, ya no hay nada que hacer. Y, ¿además de Juan, alguien tiene que ir al baño?

Todas las manos se levantaron. Juliana puso los ojos en blanco, reprimiendo una risa.

Unos minutos después, ya estaban listos para iniciar su salida pedagógica por el humedal Córdoba. Recorrían el sitio y Juliana les iba explicando todo lo que sabía. También iba haciéndoles preguntas.

—¿Alguien recuerda qué es un humedal y cuál es su función ecológica?

—¡Yo, profe, yo sé!

La joven maestra sonrió. Hacía lo posible por no tener alumnos favoritos, pero Nicolás le había

robado el corazón desde el primer día de clases con su sonrisa torcida, sus ojos negros llenos de curiosidad y sus innumerables pecas.

—Listo, dinos.  
—Los humedales son lugares planos y aguados... ¡húmedos! Esa es la palabra. Son permanentemente húmedos. Su función ecológica es que en ellos hay mucha biodiversidad, producen aire fresco y agua dulce.

—¡Muy bien! —lo felicitó Juliana—. En efecto, niños, lugares como este albergan plantas que juegan el rol de filtros, al igual que animales como insectos, pájaros, roedores, reptiles, peces y anfibios.

Este humedal, en particular, es que es el hogar de 155 especies de aves, al igual que un poco más de 100 especies de insectos. Recuerdo que una vez, con mis hermanos, íbamos caminando cuando nos encontramos con una culebra sabanera y... —se detuvo al ver las expresiones horrorizadas de sus alumnos. Además, a ella tampoco le hacía bien recordar esos tiempos— Emmm... En conclusión, este lugar es muy importante para Bogotá. Cambiando de tema, este lugar también era muy importante para los indígenas en la época prehispánica. Verán, había una princesa muisca llamada Itza...

La salida había terminado y había sido increíblemente agradable. Todos tenían esa sensación de agotamiento mezclado con felicidad y plenitud. Todos, excepto...

# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

—¿Profe? ¿Se encuentra bien?

—CÓ... ¿cómo? —Juliana salió de su ensimismamiento. Estaba apartada del grupo, con la mirada perdida y triste. Y ella nunca estaba triste.

—Es que... se le ve un poco afligida. ¿Así de necios somos? —inquirió Nicolás.

—No— rió ella. De hecho, se portaron muy bien, me encanta que hayan aprendido tanto y con entusiasmo.

—Entonces... ¿Todo está en orden?

A Juliana le habría encantado mentir. Después de todo, ella no tenía por qué amargarle el día a su alumno, y ni siquiera era asunto suyo. Pero se veía que estaba preocupado por su maestra. Y ella tenía la necesidad de hablar con alguien.

—Mira, lo que sucede es que mi familia y yo vivíamos en esta zona y siempre paseábamos por acá. Crecí acá. Pero recientemente mamá... murió. Estar aquí me trae tantos recuerdos, y no es justo porque este lugar sigue aquí, creciendo, viviendo, como si nada. Pero no debería. Siento como si se estuviera burlando de mí, como si... — Juliana no pudo seguir. Sepultó la cara en sus manos y rompió en sollozos. Nicolás, a pesar de la situación incómoda en la que se encontraba, quiso consolarla.

—Lamento mucho su pérdida. Pero creo que usted no es tan diferente al humedal.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que usted también sigue creciendo y viviendo. Está bien estar triste. Pero la vida de uno sigue, a pesar de las pérdidas. El humedal también las ha tenido. Árboles suyos han muerto. Animales. La gente que solía visitarlo. Pero él sigue creciendo. Uno sigue creciendo también.

Juliana se quedó pensando. Finalmente, dijo: —Gracias, Nicolás. Gracias de verdad.

—No hay de qué— dijo él dirigiéndole una sonrisa. Se alejó a montarse al bus del colegio y, antes de que Juliana subiera también, se hizo una promesa: iba a hacer siempre todo lo posible por preservar ese lugar tan importante ecológica, social y sentimentalmente. Y la próxima vez que hicieran una salida pedagógica, les pediría a algunos padres que vinieran a ayudarla con los alumnos. Ya oía gritos y peleas en el bus.



**Sofía Pinilla Amaya**

**13 años**

*"Nací en Bogotá. Tengo ojos cafés claro y cabello castaño".*

## La mariposa Rosita

Había una vez una pequeña mariposa que volaba por el bosque. Era frágil y delicada, la más bella de su especie, era de color rosado, muy llamativo y hermoso. Era brillante como un rayo del sol; aquella mariposa se llamaba Rosita.

Rosita jugaba con las margaritas y las amapolas en el bosque donde vivía, que estaba lleno de flores, árboles y plantas de mil colores. Sin embargo, Rosita no era completamente feliz, ya que ansiaba irse a vivir al páramo de Sumapaz.

Un día, después de mucho pensar, decidió irse, y mientras volaba de flor en flor, de árbol en árbol, se encontró con un pajarito al que saludó amablemente.

—Buenos días, señor pájaro —le dijo.  
—Buenos días, mariposita —le contestó.  
—Pajarito, ¿qué te pasó en el ojo derecho?  
—Me ha entrado una pequeña rama y no puedo ver bien. ¿Podrías sacármela?  
—Por supuesto —dijo la mariposa Rosita y acercándose al pajarito se la quitó.  
—Muchas gracias, ahora ya veo bien —dijo el pájaro— Y tú, ¿adónde vas?  
—Me dirijo al páramo de Sumapaz —le respondió.  
—Pero ¿no ves, pequeña mariposita, que el páramo está muy muy lejos? Eres todavía muy pequeña y no conseguirás llegar.  
—Sí podré. Es un páramo muy bonito y deseo, con todas mis fuerzas, vivir allí.  
—Pues nada, buena suerte —dijo el pájaro un poco preocupado por Rosita.

La mariposa siguió su camino y al rato se encontró con un conejo blanco con largos bigotes.

—¡Hola, conejo! Me llamo Rosita.  
—¡Hola, mariposa Rosita!  
—¿Qué es eso que tienes clavado en la pata de atrás?  
—No sé, no puedo verlo, ¿me puedes decir tú?  
—Pues parece una pequeña espina —contestó Rosita.  
—¿Quieres que te la quite?  
—Sí, por favor, me duele mucho y no puedo correr —contestó el conejo.  
—¡Ah!, qué alivio. Y tú, Rosita, ¿hacia dónde vas?  
—Voy camino al páramo de Sumapaz —le dijo.  
—No podrás llegar hasta allí. Está muy lejos y es muy peligroso. Te deseo mucha suerte.

La mariposa Rosita pensó que aquellos animales estaban exagerando; sin embargo, a medida que se iba alejando del bosque notaba que estaba cada vez más y más cansada. Su afán de llegar hasta el páramo la hacía seguir adelante, pero llegó un momento en que sintió sus alas muy pesadas y empezó a descender el vuelo. Justo antes de chocarse con el suelo sintió una fuerza que la impulsó hacia arriba. Era su amigo el pájaro que, al no tener la rama clavada en el ojo, podía ver y había ido a rescatarla.

El pobre pajarillo hizo lo que pudo, pero como no era tan fuerte, tampoco pudo, y empezaron a caer los dos. Por suerte, esta vez no sucedió nada malo, ya que el conejo, al no tener la espina clavada en la pata, llegó corriendo para recogerlos en su gran y blandito lomo blanco.

# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

—Acomódense bien y volvamos al bosque —dijo el conejo.

—Sí —contestó la mariposa Rosita— Ya no quiero vivir en el páramo de Sumapaz, quiero vivir con ustedes para siempre.

Así, los tres amigos volvieron a la casa, fueron felices y comieron perdices, mientras Rosita comprendía que vivía más feliz y podía llegar mucho más lejos en compañía de amigos que en soledad.





# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

**Danna Valentina Guerrero Ortiz**

**9 años**

*“Soy una niña inteligente, responsable, respetuosa, amorosa y muy colaboradora. Me gusta estudiar, compartir con mi familia y mi mascota; adoro a los animales y, si por mí fuera, adoptaría a todos los animales que están en situación de calle. También soy una niña que le gusta hacer deporte, patinar, montar cicla, los juegos de mesa y compartir con mi perro que lo amo”.*

## Quebrada Yomasa, contaminada por falta de acciones humanas

Hoy les voy a contar sobre nuestra quebrada Yomasa, que nace en el Páramo Cruz Verde y desemboca en el río Tunjuelito.

Yo, Danna Valentina Guerrero Ortiz, estudiante del Colegio Federico García Lorca, les quiero compartir sobre este maravilloso ecosistema hídrico que tiene nuestra localidad de Usme.

La quebrada nace en el páramo Cruz Verde con una belleza natural, donde se puede ver una gran variedad de flora y fauna, un lugar lleno de paz y tranquilidad. Allí encontramos un ecosistema no contaminado donde las nubes bajan y tocan la montaña, donde el aire corre y lleva la lluvia que, con frecuencia, baña la zona quinta de Usme; un nacimiento en un páramo donde las aves alegran con su canto cada amanecer y atardecer, un lugar para disfrutar y escuchar el ruido de las hojas que caen de los árboles.

Es un ecosistema en armonía con todo lo que está a su alrededor, un aire con aroma de plantas para poder caminar y ver la belleza de la naturaleza. Son unas aguas que nos invitan a disfrutar y cuidar, que nos hablan con el ruido que llevan en su cauce. Es maravilloso poder observar la paz y tranquilidad que se vive en el nacimiento de la quebrada y que quiere seguir su recorrido por la zona quinta de la ciudad con sus aguas limpias.

A pocos kilómetros de su recorrido, se encuentra con la zona urbana de Bogotá, donde sus aguas reciben residuos sólidos de los habitantes de diferentes barrios. Sin hacernos daño, en su paso sigue recibiendo todo aquello que sale de los hogares, fábricas y negocios. Es así como al paso por el barrio donde vivo (Yomasa), se ve que el agua cambia de color; sus aguas llevan llantas, plástico, basura y elementos que la gente cree que en su casa no necesita, pero ¿acaso la quebrada sí los necesita?

Falta sensibilidad y cuidado con el lugar donde vivimos. Debemos cuidar y proteger todos los ecosistemas hídricos de nuestra ciudad, y no convertirlos en botaderos de residuos que en los hogares no se necesitan.

Yo los invito a que ayudemos a proteger nuestros recursos naturales, ya que de nosotros depende que los ecosistemas no se acaben; podemos hacer cosas muy sencillas como clasificar los residuos sólidos. Podemos reutilizar materiales, hacer campañas de arborización y recorridos donde se haga limpieza no solo de la quebrada Yomasa, sino de todas las que nacen en los Cerros Orientales y que se han convertido en caños.

Los niños de Bogotá queremos respirar aire puro, queremos ver a nuestro alrededor el agua de las quebradas sin contaminar y que los peces, junto con las plantas, vuelvan a las quebradas.

# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

Para esto, necesitamos que todos ayudemos desde cada hogar, que se canalicen las aguas que salen de los diferentes barrios y que las quebradas no reciban las aguas residuales sin tratar. Llegó el momento de reconocer que Bogotá es una ciudad que permite el hábitat a muchos seres vivos y, entre todos, podemos hacer grandes cosas para mejorar cada día. Llegó el momento de empezar a recuperar los Cerros Orientales, donde nacen las quebradas de la localidad quinta de Usme.

Si todos nos lo proponemos volveremos a ver una quebrada con el agua transparente y que en su recorrido no lleve la basura o los escombros de la localidad.



# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

**Sara Valentina Barrera Torres**

**14 años**

*“Soy estudiante del grado octavo. Vivo con mi familia, me caracterizo por ser una persona responsable, respetuosa y organizada. Me gusta viajar, conocer nuevos lugares, escuchar música punk, rock y metal, tocar la batería y aprender inglés. Me gustaría estudiar Idiomas y Música”.*

## Un ambiente amarillo



Juliana, una niña a la que le gustaba cuidar la naturaleza y dedicarse a ella, estaba en último grado de escuela y tenía un proyecto muy importante, que era investigar sobre un humedal que le interesara y descubrir todo lo que pasaba en él. Ella encontró el humedal Tibabuyes, también llamado Juan amarillo, que, en épocas pasadas era de gran importancia para los muiscas, un lugar sagrado.

Ahora, a veces, hasta se ignora, pero ella no conocía esto, así que decidió ir a verlo y en lo poco que investigó notó que era el hábitat de muchos animales y uno de los humedales más grandes de la ciudad, que pasaba por Suba y Engativá y que no estaba muy lejos de su casa ni de su escuela.

A la mañana siguiente, Juliana fue al colegio y decidió que a la salida iría con su amigo Sebastián a investigar más de fondo este lugar y verlo directamente. Quería conocer su estado y las cosas que había. Entonces, se fueron caminando mientras hablaban de sus clases y se contaban qué hicieron y cómo les había ido. Ellos se la llevaban muy bien y tenían el mismo gusto e interés por el tema biológico de las plantas y animales.

Cuando llegaron al humedal, pudieron ver que este ecosistema era gigante. En los alrededores había árboles y pasto kikuyo, el cual se puede encontrar en zonas de campo deportivos o jardines. Luego se fueron para la casa, donde ella y Sebas -como le decía de cariño a su amigo- buscaron imágenes de cómo era antes el lugar y efectivamente notaron que tenía más diversidad y florecían más las plantas.

Después de presentar su proyecto, hecho con una maqueta, un video y una explicación sobre el humedal, Juliana se graduó y empezó a estudiar Biología en la universidad.

Después de presentar su proyecto, hecho con una maqueta, un video y una explicación sobre el humedal, Juliana se graduó y empezó a estudiar Biología en la universidad. Ella sabía que esto no sería nada fácil, ya que es un tema que conlleva muchas cosas, ¡hasta historia!, lo cual era bastante complejo.

Luego de un tiempo, se graduó y empezó a trabajar en lo que le gustaba. Ya era bióloga y se dedicaba a analizar el hábitat natural, los organismos y el ambiente. En un momento recordó el humedal Juan Amarillo y se le ocurrió volver a visitarlo, pero esta vez con sus compañeros de trabajo.

Al llegar nuevamente al lugar, vieron que estaba un poco contaminado. En sus alrededores tenía basura, debido a que no había suficientes espacios para disponerla ni para reciclar, así que con la mensualidad que recibía, ella y sus amigos ahorraron dinero para comprar botes de reciclaje y empezar a recoger los residuos que encontraban en el suelo. De esta manera, podrían ayudar a reducir la contaminación que había en el ecosistema.

Un año después, la basura en el humedal disminuyó; sin embargo, aún había personas que seguían arrojando residuos, sin ser conscientes de lo que hacían o provocaban. Juliana y sus compañeros utilizaron unos ganchos especializados para poner algunos letreros con información de dónde se podrían encontrar los botes de recolección de residuos.

Los jóvenes también sembraron árboles y algunas flores. Así, el ambiente fue cambiando y el humedal se salvó.



Categoría

# Juvenil





# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

**Carol Daniela León Hoyos**

**25 años**

*“Soy ingeniera artista, apasionada por la naturaleza. Amo sonreír, la luna y el chocolate. Las letras llenan de magia mi mundo y lo pinto con imaginación, arte y amor”.*

## Chocolate sabanero

Cuando vi sus ojos miel me enamoré y la ternura de su ser me atrapó. Ahora puedo decir que mi corazón late por Chocolate.

Mientras la tristeza de los recuerdos en una tarde de abril me invadía, una lágrima rebelde se escapó de mi rostro, tocó suavemente la tierra y se apresuró para convertirse en vida como un sinónimo de agua.

Es impresionante saber de qué estamos hechos. Un 70 % del cuerpo humano es agua, al igual que nuestro planeta, que en su mayoría está compuesto por el recurso hídrico presente en los océanos, lagunas, manglares, páramos y humedales. ¡Cuán importantes son los ecosistemas! Todo sería mejor si las personas reconocieran su valor y los servicios que nos brindan, como la capacidad de mejorar la calidad del agua y el aire, ser el hábitat de especies endémicas, locales y migratorias, mitigar los efectos del cambio climático y ser espacios de recreación por su belleza paisajística.

Por esto, no entiendo cómo hay personas que se refieren a los humedales como “potreros” o “matorrales”, no conocen la biodiversidad que albergan. Muchos ciudadanos tienen un falso imaginario de que en Bogotá todo es cemento y pocos saben de los numerosos espacios verdes que existen acá. De hecho, el mayor porcentaje de la ciudad es zona rural, tenemos los Cerros Orientales, el páramo más grande del mundo (Sumapaz), diversos ecosistemas y parques.

Pareciera que la misma Tierra y los seres humanos conscientes del daño ambiental tuviéramos que estar hechos de acero para afrontar los problemas ocasionados, principalmente, por causas antrópicas porque son las personas que ignoran nuestra riqueza ambiental las destruyen todo a su paso.

Hoy mi tristeza tiene nombre, me enoja ver un panorama gris y desolado, extraño a Chocolate y el canto matutino del copetón Cocolo en mi ventana (así lo llamamos por ser el único que he visto sin copete). Desearía ver colibríes en mi jardín; algunas veces los escucho en los árboles e identifico su sonido.

Antes de irme del humedal Santa María del Lago siento en mi hombro derecho una mano amiga, es una hoja de mano de oso que cae en señal de apoyo. El cielo está gris, un pequeño arcoíris se vislumbra y el canto de un sirirí endulza mis oídos.

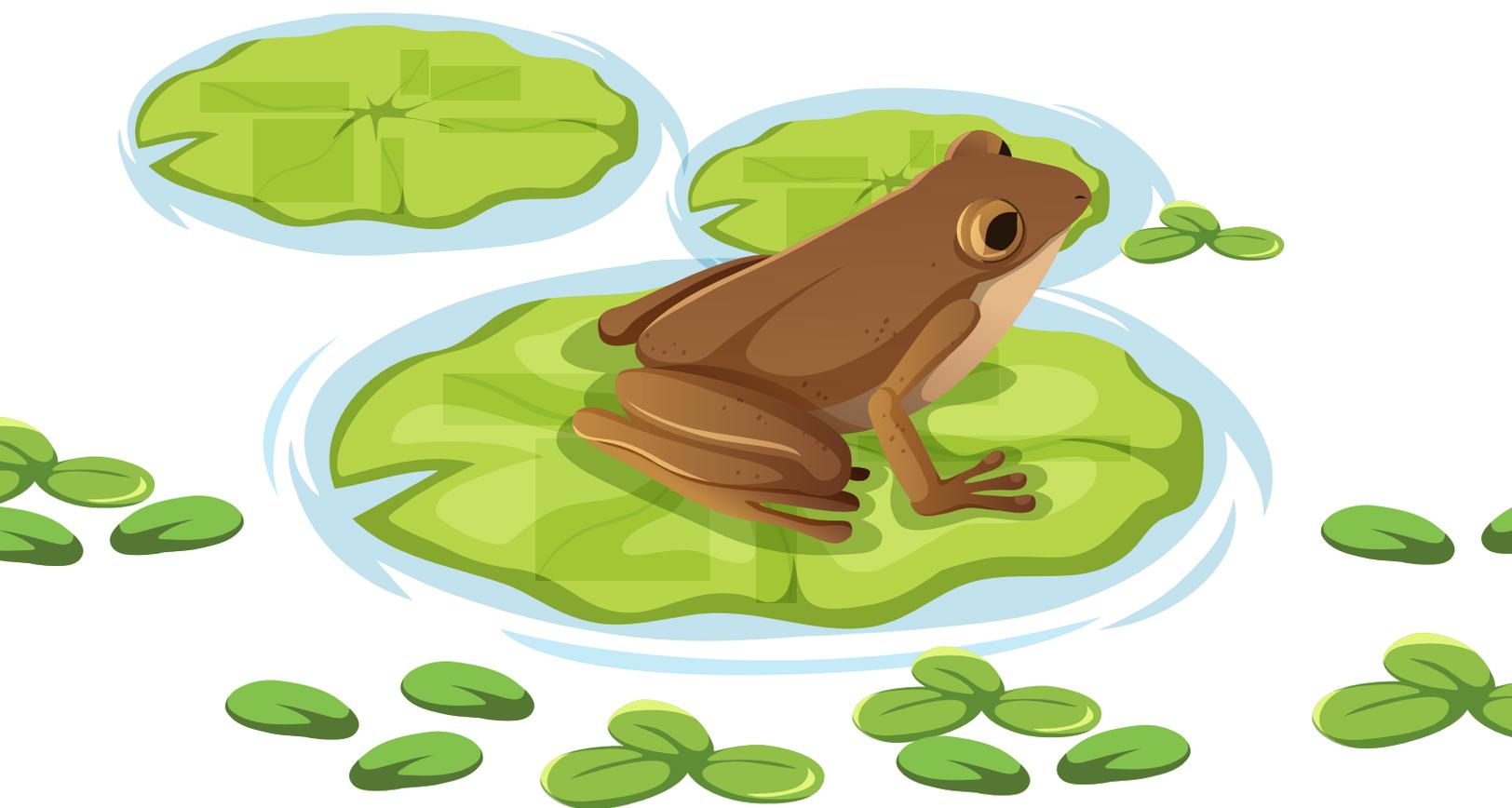
Entonces, en un intento por borrar mi decepción y disfrutar del crujir al pisar las hojas secas, dibujé una sonrisa y me animé a continuar porque no todo está perdido. Quiero destacar el hecho de que vivimos en la capital del segundo país con más biodiversidad del mundo. Me siento orgullosa de ser colombiana, de amar la naturaleza y propender por su cuidado. Creo que aún hay soluciones, es cuestión de enseñar la importancia de cada ecosistema, crear lazos y construir relaciones saludables entre humanos y ambiente a través de la educación.

# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

Me lleno de esperanza al ver a un par de niños corriendo tras las tinguas para apreciarlas mejor y me asombro al escucharlos decir que las tinguas de pico amarillo son características de los humedales bogotanos y debemos cuidarlos porque son la casita de estas aves y muchos animales más. Otra gota casi escapa de mi interior al presenciar esa lección de sentido de pertenencia y felicito en silencio a los padres y maestros de esos niños. Estoy convencida del poder del arte, sé que con letras, canciones y trazos coloridos como parte de la educación podremos generar consciencia para un cambio positivo y, así, enamorarnos de la vida y de un mundo más verde, recuperando la esencia natural.

Ahora me despido de Chocolate, una ranita sabanera color caramelo, con chispas verdes y rastros dorados, una verdadera obra de arte. Vive en este humedal, uno de los más cuidados, sé que estará bien y espero un día volver a verla o a otra de su especie, tan particular como ella.

Camino a la salida, me encuentro con mi otro amor, esta vez se trata de mi caramelo sabor canela con un toque ácido, mi chico sabanero, único en su especie, que con su encanto y dulzura me envuelve en sus brazos. Nuevamente le agradezco al humedal por hacer parte de la magia.





# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

**Johan Sebastián Baquero Rozo**

**20 años**

*“Soy estudiante de Licenciatura en Ciencias Sociales y Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana, amante de la naturaleza, las letras, las artes y la educación, con motivación en los cambios sociales, políticos y ambientales. Escritor y lector apasionado por los relatos imaginativos”.*

## **Bogotá, más cerca de los humedales**

En los diarios de mi vida aún conservo algunas piezas, esas que me recuerdan el verde de los árboles y arbustos, y los tonos rojos, rosados y amarillos de las hermosas flores.

Luego de un tiempo, entre el ingreso a la universidad y la salida del colegio, descubrí un lugar que me hacía sentir fenomenal, o tal vez él me encontró a mí, un humedal, para ser exacto La Vaca, que está fraccionado en dos sectores: lo urbanizado y lo poblano del caudal. Esta zona me acompañaba y me llenaba de tranquilidad en mis días de angustias por saber si había logrado acceder a una universidad pública, mis episodios de ansiedad y depresión y el caos de la ciudad.

Entre los muros de los apartamentos de la capital, los carros y el estrés de las personas, ir a aquel lugar me generaba paz. Recuerdo, entre mis memorias, una semana caótica en la que estaba a punto de recibir la respuesta que cambiaría el curso de mi vida, o sea, el ICFES. Muchos estábamos definiendo nuestro futuro, porque de ese examen depende si es posible acceder a alguna beca o crédito. La tensión, el nerviosismo y la presión de mi familia, docentes y amigos se apoderaban de mí; todo se estaba derrumbando y en una semana mi vida se desplomó.

Cuando caminaba hacia la escuela siempre pasaba por el humedal La Vaca; a veces me sentaba unos metros adentro, algo precavido por quien estuviera allí. Solo pensaba, veía los

edificios, las calles y casas, también los camiones que lo rodeaban, y no podía evitar sentirme así, abrazado por muchas cosas, algunas buenas y otras malas. Tenía las dudas de saber si las respuestas que había puesto unos meses antes en la prueba eran las correctas, y no dejaba de pensar en lo que seguiría si no podía estudiar. Lo último que quería era decepcionar a las personas que convivían con el humedal, básicamente mis maestros —porque de ellos aprendí lo que soy hoy y lo que intento ser—.

Entre lo urbano y lo ambiental solo hay una delgada línea, separada por algunos pocos ladrillos y unos escasos pájaros de color negro con rojo; aquellas aves que veía en las madrugadas frías al salir de mi casa hacia mi colegio o en las tardes opacas y ruidosas.

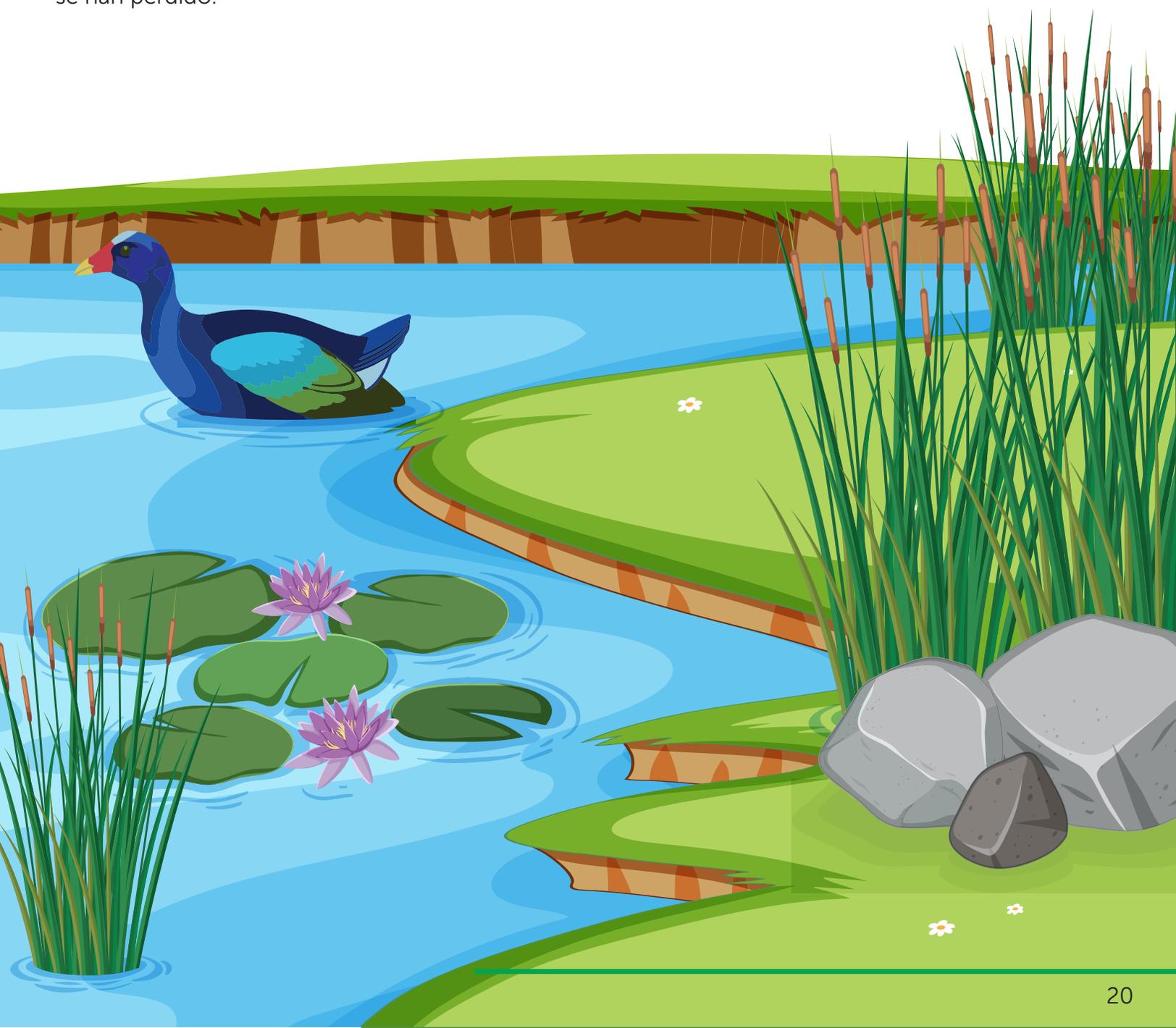
Hace tres años entré a la universidad, y sí, a una pública; hace dos, cambié de residencia; ahora vivo en medio de una calle de cemento con un parque al fondo, casi en el otro lado de la ciudad, sin ningún humedal o lugar verde donde pueda respirar. Solo hay algunos árboles que guían la ruta hacia un portal de TransMilenio.

A menudo extraño las aves cantando en las madrugadas, con su eco ligeramente notable; ahora solo escucho los pitos de los carros o los intentos de los conductores por frenar sin herir a alguien. Cambié el verde del ecosistema por el negro del pavimento; canjeé el olor matutino del piso mojado por la lluvia bogotana por los huecos y baldosas mal ubicadas y encharcadas.

# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

Recurrentemente me pregunto si mi mamá y yo hicimos lo correcto, si el cemento y el ladrillo fueron la mejor alternativa para nuestras vidas. Hace algunos meses volví a visitar el humedal. Noté que tiene un vivero y aula ambiental, ha cambiado y posee algunas canas; los árboles que me acompañaban cuando corría por no llegar tarde a clases ya no están; sus hermosos ojos azules oscuros andan algo secos; y sus bonitas pecas, acompañadas de aves e insectos, se han perdido.

El humedal ha cambiado, al igual que yo. Mientras él envejece y pierde su juventud por nuestra causa, yo gano vitalidad. Sin mi viejo confidente y sin aquella paz que me provocaba en medio de la ola de sentimientos y emociones que había en mi vida, yo no sería nada. Hoy mi amigo muere lentamente y no me queda más que luchar por él. Con lo poco que puedo hacer, intentaré donarle algo de mi sangre, porque bien dicen que donar sangre salva vidas.





# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

**Mayra Luna Chaparro García**

**17 años**

*“Soy amante a los animales. Me gusta leer, escribir, escuchar música a todo volumen, salir al parque a tomar el sol y estar en compañía de mis dos mascotas, Lula y Sisi”.*

## El gran sueño urbano

Esto tal vez empieza muy mal... El lunes por la mañana murió de un cáncer el papá de Ángela. Pasaron días donde su recuerdo y aroma estaban por toda la casa, pero de la nada entró un colibrí colorido por la ventana de la cocina, y, entonces, se dio cuenta de que los recuerdos con él desaparecieron. A ella se le hizo demasiado extraño y le preguntó al ave:

—¿Cómo lo hiciste?

El ave no le respondió y le hizo señales para que lo siguiera. Ella lo detuvo y le dijo

—Debes tener un nombre.

Todo quedó en silencio y luego ella se autorrespondió:

—Bien, te voy a llamar Federico.

Después de una larga caminata llegaron al humedal La Conejera, ubicado en Suba, y Ángela le preguntó:

—¿Qué hacemos acá?

—Tendremos una aventura que te va a encantar y sorprender, pero tengo tres reglas: aprende y disfruta, deja volar tu imaginación y ama lo que tienes a tu alrededor, así que te voy a presentar a mis amigos. Por este lado, nos encontramos con el pato Rufo, que tiene unas plumas de envidiar y un pico azul, aunque es muy serio y no le gusta hacer casi amigos —le contestó Federico.

—Hola tú, el del pico azul, eres hermoso, te pareces a mi peluche “pelos” —dijo Ángela.

—Por acá está Monjita Cabeciamarilla. Ella viene del norte de Sudamérica y normalmente vive en los pastos altos. Es muy graciosa y buena amiga —continuó Federico mientras ella sonreía y admiraba la cabeza amarilla del ave— Por último, está mi compadre el colibrí chillón, que habla hasta por los codos, pero se hace querer. Hemos disfrutado muchas cosas juntos y también hemos vivido grandes peligros, porque hay gente mala que con sus grandes hachas destruyen nuestros hogares y árboles llenos de vida y donde hay millones de historias. Miles de aves son rescatadas cada año, porque pasan por lo mismo que nosotros, pero acá encontramos una nueva oportunidad de seguir con vida. Sin duda, mi familia es todo este humedal. Por cierto, me faltó presentarte las 102 especies que habitan aquí y que nos mantienen a salvo. Es muy importante que los seres humanos nos cuiden porque somos de nuestra Bogotá querida —expresó Federico.

Ángela se acordó de que su papá amaba las aves y le preguntó al colibrí:

—Papá, ¿eres tú?  
Federico la miró y respondió:

—Tu papá te acompañara toda la vida y el mensaje que te mandó es: “ama tu tierra”.

Ángela despertó de su sueño con una gran sonrisa. Miró por la ventana y vio una gran variedad de aves que la esperaban para que fuera su futura protectora. Luego observó al cielo y le prometió a su papá amarla a cada una con su corazón.

# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

—Papá solo guíame en este camino, confío en ti y en mi Bogotá -dijo ella.

¡Espera! Ya falta poco para que esto acabe. Te recomiendo seguir las reglas de mi amigo Federico y no olvidar que es tu deber proteger nuestra flora y fauna.



# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

## Miguel Felipe Mantilla Guzmán

15 años

*"Soy amante de la naturaleza y desde hace más de un año tengo un emprendimiento: Reciclaje de Corazón. Sueño con un mundo más lleno de árboles y menos contaminación".*

### No más, no más, no más

Humedal Juan Amarillo, eras un sitio sagrado.

Cómo poder imaginar que un hermoso lugar,  
reflejado por el sol, laguna sagrada de los muiscas,  
respira día a día, entre gritos desesperados.

No más, no más, no más;  
no aguanta más vivir o, mejor aún,  
tratar de sobrevivir ante tanta mezquindad.  
Las manos del hombre,  
borran tu hermosura, dañan tu color,  
ese color natural que brota de tus entrañas,  
surgiendo del fondo de tus aguas como el verde  
molusco que te inunda, te inunda,  
¡Porque ya no es molusco!  
Es un cúmulo de desechos,  
arrojados por aquellos que no aprecian tu valor real.

Fuiste casa de tantas especies,  
pero con nuestras manos sin armas  
a unas las desplazamos,  
a otras las matamos y muchas ya ni se ven.  
De su casa salieron las garzas blancas y azules,  
colores que se perdieron en la suciedad  
de las mentes que no paran de maquinar  
¡qué más daño le pueden provocar!

¿Dónde están tus tinguas bogotanas?

Se alejaron de tanta asquerosidad;  
detrás de ellas salieron los cucaracheros,  
alcaravanes, chiskas y algunas más,  
para nunca regresar.



# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos



Su casa día a día es destruida,  
su hábitat dañada y abandonada;  
las hermosas flotantes ya no andas solas,  
se enredaron, y no precisamente entre ellas,  
sino en las basuras de muchas mentes que  
no agradecen tu función.

El daño ha sido irreparable,  
la huella del hombre dejó una marca que  
por más que trate de reparar,  
no se podrá borrar jamás.  
Tu pasado fue una fiesta de flores;  
tu presente es incierto  
y el camino a un futuro es devastador.  
¿Qué pensamientos pasarán por la cabeza  
del que se ingenió,  
por encima de tus aguas, un cruce  
vehicular?

Ya no veremos lo poco de tu ecosistema,  
nuestro aire se cortará,  
a este paso solo escucharemos  
en ese futuro que seguirás gritando  
"No más, no más, no más".

Hoy, en nombre de todos los humanos,  
te pido perdón por querer seguir haciéndote  
daño, Juan Amarillo,  
por creer que tu daño  
se corrige con más obras.  
Algún día tu grito parará  
y ya no escucharemos  
"No más, no más, no más".

Cuando el asfalto que te tape  
en esta espesa selva de supuesto desarrollo,  
nos quite la posibilidad  
de contemplarte y respirar a tu lado,  
solo nos quedará en la conciencia  
de los que valoramos tu importancia  
un sentimiento de tristeza y  
la impotencia de no hacer nada para  
perpetuar tu existencia.  
Lo único que conocerán de ti  
las futuras generaciones  
será de nuestra boca,  
porque sus ojos no lo verán.



# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

## María Alejandra Rodelo Pulido

16 años

*“Soy una chica con muchos sueños, con ganas de sobresalir en lo que más me gusta, que es escribir. Mi amor por la lectura empezó desde pequeña, leer es un escape al que siempre recurriré. Puedo asegurar que nací amando la lectura y la escritura y moriré haciéndolo”.*

### El río de cristal

Hace algún tiempo, en el colegio Laureano Gómez, había un dúo de mejores amigos, Mabel y Nicolás. Ellos hacían todo juntos, eran inseparables, a veces los maestros los regañaban por su ‘compinchería’ porque ni con separarlos bastaba. Pero la verdad es que más allá de que los profesores vivieran reprendiéndolos, no lo hacían tan severamente ya que todo era con un fin muy bueno. A pesar de que no rebasaban la edad de 12 años, su inocencia de hacer sonreír a todo el mundo era inmensa, más que todo por parte de Mabel, debido a que desafortunadamente Nico no contaba con tan buena salud y, por esta razón, la pequeña y creativa niña se desvivía por hacerlo reír a carcajadas con sus monerías y las bromas que les hacían a sus compañeros.

Los dos amigos solían salir a jugar a los alrededores del colegio, a correr, saltar y hacer una que otra travesura. Acostumbraban a meter sus pies al río, que estaba muy aseado. Además, no había ningún inconveniente en hacerlo si había un adulto responsable vigilándolos.

De un momento a otro, ellos empezaron a llamar a este cuerpo de agua ‘el río de cristal’. Los estudiantes lo mantenían muy bien cuidado gracias a la persistencia de los profesores, quienes fueron los que les hicieron ver que si el ser humano no se encargaba de mantener la protección del ambiente nadie más lo haría.

Así que, como era de esperarse, Mabel y Nico eran los que se encargaban de motivar a sus compañeros, para que cada día fueran más los que apoyaran la idea. En los tiempos de descanso hacían jornadas de limpieza en los alrededores del colegio y trataban de dialogar con las personas que dejaban la basura para que reflexionaran y la recogieran.

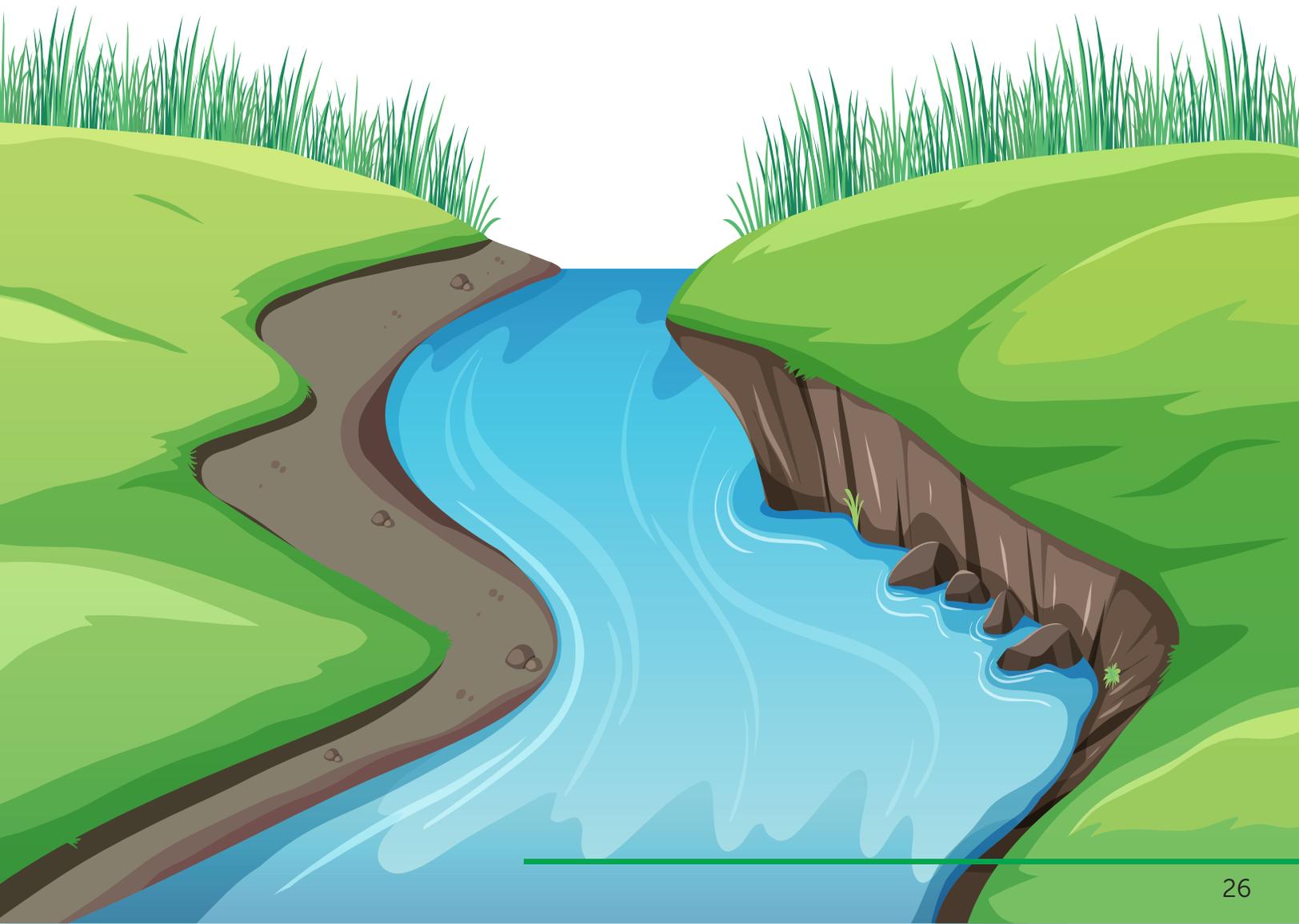
Desafortunadamente, el colegio sufrió un traslado hacia otra sede ya que la original necesitaba unos arreglos cruciales desde hacía mucho tiempo. Los niños se aterraron al llegar a la conclusión de que el río, sin la supervisión de ellos, terminaría mal y, entonces, el daño sería irreparable. Pero así ellos quisieran o no, debían irse de esa sede por el tiempo que faltaba y suplicar que cuando volvieran el río estuviera intacto e impecable, tal y como lo dejaron.

La espera era terrible y el suspenso aún más. Después de varios meses, los chicos por fin pudieron volver a su sede y aunque estaban emocionados temían lo peor acerca del río Juan Amarillo, que era como realmente se llamaba el río de cristal. Todos se llevaron la sorpresa de su vida al darse cuenta de que no solo este seguía limpio, sino que al parecer las familias del barrio decidieron continuar cuidándolo, pasara lo que pasara.

# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

Los chicos se dieron cuenta del esfuerzo de los niños para que el río no se contaminara y fuera seguro, así que hicieron lo que estuvo al alcance de sus manos para lograrlo. En el fondo, los pequeños no estaban seguros de poder generar un cambio tan enorme, pero, como quien dice, el que persevera alcanza y todo empieza desde la infancia y la casa.

Tener responsabilidad y percepción de las cosas es lo mejor que podemos aplicar en nuestra niñez. Una sola persona luchando por algo que nos incumbe a todos, no es justo, así que, querido lector, toma y genera conciencia de lo que pasa alrededor y busca soluciones. No podemos vivir del “qué hubiera sido si...”.



Categoría

# Adultos





# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

## Arnulfo Baquero Másmela

57 años

*“Historiador, ambientalista, magíster en Educación. Profesor por vocación, escritor por convicción, lector insaciable, preocupado por la problemática ambiental global y amante de la paz, la justicia y la vida en el planeta Agua”.*

### El paraíso

Cuando los dioses crearon el mundo, fueron pródigos al llenar de vida y color todos los lugares de la Tierra. Miles de especies de flora y fauna prosperaron por doquier en el único planeta donde la vida limita con la vida en todas partes.

En un encumbrado altiplano de ese hermoso y singular planeta, sobre el lomo de la más larga cordillera, llamada de los Andes, los dioses dejaron un hermoso paraíso de bendecido suelo, rico en agua y abundante en vida, para que las generaciones pasadas, presentes y futuras, se maravillaran de la obra de sus manos. Hablo de Bogotá, la ciudad de mil puertas y caminos, la ciudad de la esperanza.

Sobre su suelo, en lo que fue un remoto lago, pueblos ancestrales se asentaron para vivir a expensas de sus ríos y numerosos humedales, así como de los abundantes frutos de su tierra fértil. Abrigados bajo un cielo de esperanza, en el amanecer de esta sabana, moldearon el barro con sus manos de arcilla y labraron finos hilos de oro y mantas, mientras cultivaban la tierra y el sagrado maíz en los surcos que miles de años atrás habían arado la luna y los fríos vientos del altiplano.

Bogotá es tierra de páramos, zona de montañas coronadas por la niebla y vestidas de agua, el traje de la vida. En sus tierras más altas duermen los frailejones, centinelas del silencio, el frío y el paisaje. Allí la naturaleza se viste de sencillez y

grandeza. Los páramos, reguladores de agua y vida, son territorios de especies endémicas de flora y fauna, lugares sagrados, escenarios de espiritualidad y origen de cosmogonías, de deidades como Mapalina, la diosa que se viste de neblina.

Mi Bogotá, mi verde Bogotá, territorio cobijado por el agua, ciudad que aún huele a páramo y a frailejones frescos, me declaro tu hijo adoptivo, recíbeme, por favor, en tu regazo mientras sigo escuchando el canto de la mirla ermitaña en los verdes y mágicos humedales y el llanto en solitario del barbado pez capitán, hijo de las aguas del río que lleva tu nombre. Pez al que quiero seguir viendo vivo, escurridizo entre las frías aguas de su río y del que me declaro un soldado de su causa y regreso, así como de la tinguá, amiga del pantano y la lluvia, señora de patas largas y pico encendido, tímida y furtiva ave de este frío altiplano, que sufre tanto como la cuna de sus humedales, del asedio y la insensibilidad humana. Sueño, Bogotá, con que en tus páramos vuelven a triscar las inquietas crías del venado de cola blanca, que una vez más extiende su reino en la sabana.

Bogotá, tierra de gaques, cauchos, cucharos y nogales, titanes que galopan en sus raíces de agua, aire y sol sobre el lomo de la Tierra, gigantes, resilientes, taciturnos, que han soportado por milenios el embate de los hombres que los talan, los comercializan, los mutilan.

# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

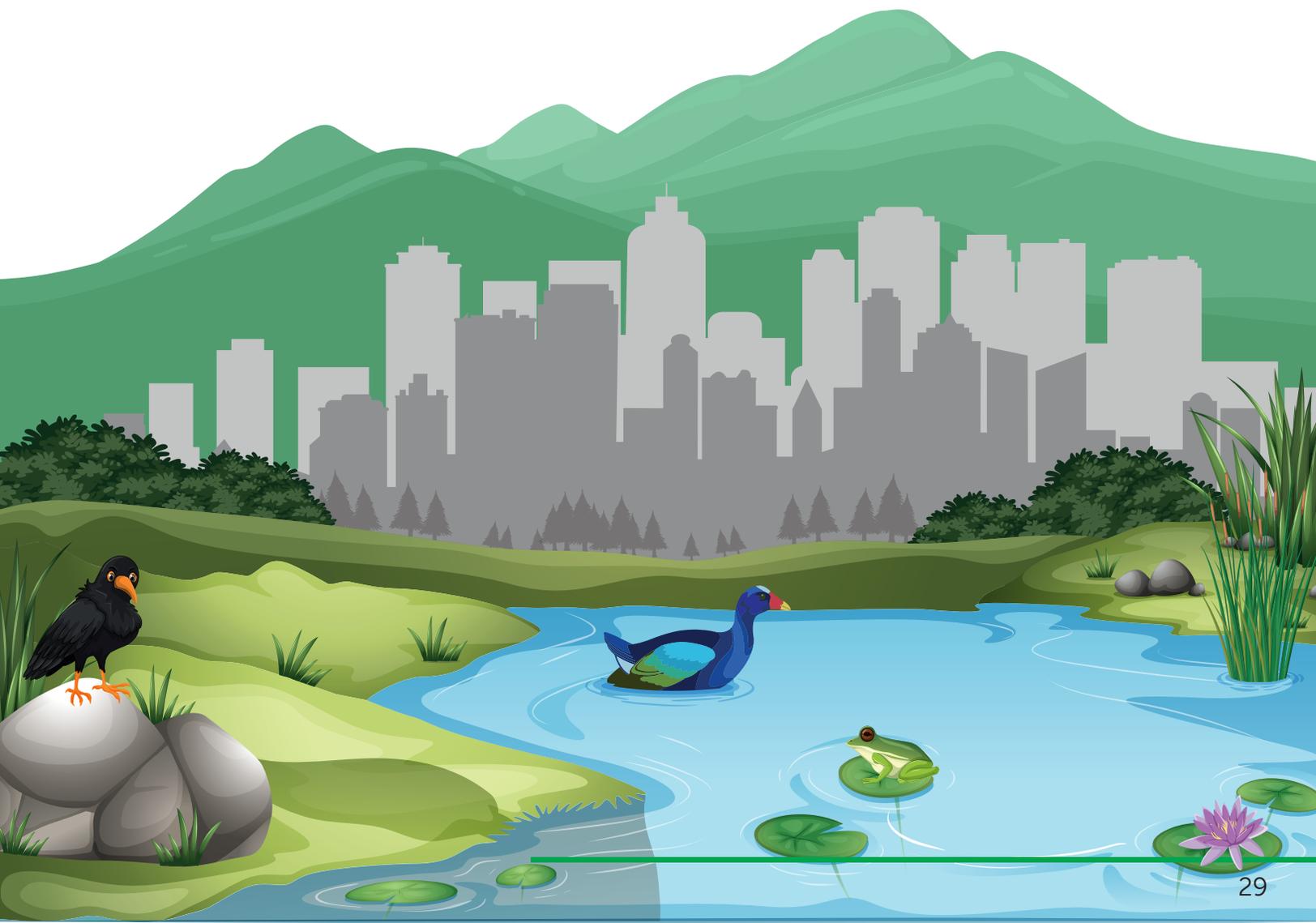
Ciudad de ríos, quebradas y cerros testigos del tiempo y de la historia, tus montañas, gigantes jorobas y paisajes persisten a pesar del maltrato de los hombres a los que engendras y amamantas.

Tus ecosistemas, víctimas de nuestra ignorancia y egoísmo, esperan una segunda oportunidad para volver a vestir de verde y de vida la sabana y todo el altiplano. Espera, Bogotá, un nuevo nacimiento.

Fauna, flora, agua, quebradas, ríos, humedales, cerros, páramos, en fin, todos los ecosistemas que hacen parte de ese vasto escenario de vida reclaman su segunda oportunidad sobre la tierra.

Si el destino así lo quiere y la vida lo permite, espero que los dioses creadores de este hermoso paraíso

me complazcan cuando yo parta de esta vida, pues solo les pido -es mi única exigencia- que para mí no haya cielo, pues con el paraíso que es esta mi ciudad me basta y me sobra. Quiero ser tu guardián del páramo y de tus hermosos frailejones, de tus sagradas lagunas, el guarda de tus ríos, tus riachuelos y quebradas, el protector de tus espejos de agua, los humedales, el vigía de los amaneceres en la cima de tus cerros milenarios. Quiero ser el viento para recorrer sin rumbo y en liviano viaje los territorios de tu hermosa sabana, quiero ser el oído que descifre el secreto que guardan los solitarios cantos de la tingua y la mirla, y del rítmico y húmedo croar de la rana y poder convocar nuevamente a tus dioses tutelares.





# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

## Jonathan Stiven Rojas Rivera

29 años

*“Licenciado en Biología de la Universidad Pedagógica Nacional. Actualmente soy profesor de laboratorio en el Gimnasio Los Arrayanes Bilingüe. Soy el fundador del colectivo Homo salitrensis que desarrolla sus actividades de educación ambiental en el humedal Salitre desde el año 2017. Amo la educación y la vida”.*

## Los pequeños con fuerza

Vi al cielo. Noté la presencia de cúmulos grises de nubes que bloqueaban el sol y anunciaban lluvias. Ante la situación, recurrí al ritual de soplar al cielo. Les dije a los siete niños de grado segundo: —Vamos a soplar al cielo y desear que no llueva—. Empezaron a soplar. Sus cachetes se inflaban y desinflaban como globos, así, una y otra vez. Yo también lo hacía mientras apuntaba mi dedo índice hacia arriba y lo giraba para formar una espiral con el aire. Ese día no llovió, tampoco pasó en las siguientes tres semanas. Era temporada de lluvias y el humedal Salitre solo se nutre de estas.

Avanzamos hacia este ecosistema, al círculo de la palabra. Allá nos esperaban Sebastián y Leo Dan de la Red Humedal Salitre. Su misión: entretener y enseñar a los padres de familia. Yo requería conciencia plena para los niños.

En mi interior rebosaba la dicha. Estaba cumpliendo un sueño y los siete niños elegidos habían atendido el llamado junto a sus familias. Era mi primer año como profesor y también mi primera salida con estudiantes. En lo alto del círculo de la palabra un gavián pollero volaba rodeándonos y complementaba la magia de este encuentro.

Caminamos hacia la zona donde sembraríamos dos plántulas de floripondio e iniciaríamos un nuevo bosque. Advertí a los estudiantes la necesidad de tener sus sentidos muy agudos porque podríamos encontrar diversidad de animales. Pablito llevaba una cámara y registraba

casi todo lo que veía. Camila andaba con gran cuidado y observaba con detenimiento cada paso que daba; su paciencia y cautela hicieron que se encontrara con una pequeña ranita sabanera de color café, verde y negro.

Llegamos al lugar de la siembra. El pasto kikuyo estaba muy alto y este les quedaba a los niños encima de las caderas. Les enseñé que la mejor manera para abrir un hueco era dando botes y les di ejemplos de cómo se hacía; también les indiqué las precauciones que se deben tener para no lastimarse. Stephanny e Isabella se unieron al club. En uno de esos botes Isabella tuvo un encuentro con un pequeño chinche (muy común en el humedal) de ojos rojos, cuerpo café y seis patas que se paró sobre su camiseta mientras estaba acostada sobre el pasto. Observé en ella una cara de pánico y horror, como si estuviera próxima a un episodio traumático. Actúe con rapidez. Extendí mi mano hacia ella y le dije con tranquilidad: —Párate, él no hace nada —.

Para hacer el hueco solamente teníamos una pala que fue utilizada por los familiares. A los niños y a mí nos tocó abrirlo con las manos. No fue una tarea fácil. Empecé a darme cuenta del liderazgo de Isabella, que miraba el hueco que hacían los niños, corría donde trabajaban las familias, comparaba y les decía: —Uy, ¡qué lentos! — luego se devolvía para continuar con sus compañeros la labor. Después la escuché dirigiendo una arenga: —¡Somos niñas, tenemos fuerza! — Eso, mientras arrancaban pasto kikuyo con sus manos. De vez en cuando regresaban

# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

regresaban donde sus padres, comparaban el hueco y repetían: —Uy, ¡qué lentos! —.

Yo contemplaba la diferencia entre adultos y niños. Varios padres estaban observando y no se involucraban en las actividades. En cambio, los niños estaban inmersos, ya sea abriendo el hueco, explorando o sacando fotografías.

La arenga continuó —¡Somos niñas, tenemos fuerza! —. Sin embargo, cuando Camilo se unió, detuvo la proclama y dijo: — Un momento. Yo no soy niña —. Se quedaron pensando en silencio por un instante hasta que Isabella rompió con un fuerte grito: —¡Ya sé, somos pequeños! —

—¡Tenemos fuerza! —. Se unieron en un solo coro y trabajo articulado. Abrieron el hueco y sembraron con sus manos, sin ayuda de ninguna herramienta.

Los dos floripondios plantados ese día dieron origen al que bauticé como: “El Bosque de los Pequeños con Fuerza”. Actualmente hay más de cincuenta árboles de treinta especies nativas sembrados. Lo que cuento fue el inicio de una experiencia que cambió mi vida. Aprendí que trabajando solos en el mundo somos pequeños, pero si nos juntamos y hacemos una red, como lo hacen los átomos, las células o la vida misma, tendremos mucha más fuerza. Aprendí a recurrir al ritual de soplar al cielo en situaciones de emergencia y en esas circunstancias solamente soplo yo.





# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

**Ana Carolina Guerrero Urián**

**36 años**

**Licenciada en Biología, especialista en Educación y Gestión Ambiental. Docente de Ciencias Naturales y Educación Ambiental de la Institución Educativa Distrital Colegio Juan Rey.**

## Un día en el hotel

Acomodado en un árbol se encuentra *Zonotrichia capensis*, aunque en Bogotá, prefiere que lo llamen Copetón. Está con el ceño fruncido ¿estará enojado? o al menos eso parece ¿será por su plumaje? ¿Será que lo quiere un poco más colorido? Es de no creer, porque es un ave muy hermosa, con rayas negras ¿o grises? en su cabeza. ¿No serán rayas sino manchas? Surgen muchas preguntas y pocas respuestas. Será decir que todo depende del lente con el que se mire; lo que sí se puede afirmar es que es pequeño y rechoncho, por ello, siempre parece un copetón bebé. El macho parece una estrella de rock en un esmoquin, un bello penacho negro y un corbatín.

Volviendo a su ceño fruncido, pienso que no ha estado muy feliz, se ha dicho que es un ave solitaria, pero creo que, como todos, necesita algo de compañía, la ciudad no lo ha ayudado mucho, aunque a él le gusta vivir en esta o, quizás, se ha acomodado. Aún no se sabe, pero lo que sí es cierto es que la ciudad se ha vuelto muy ruidosa; el ruido es más fuerte que su canto y así no puede encontrar su par, y como si fuera poco, ahora no hay muchos árboles donde posarse, ese es su lugar favorito, aunque el suelo también lo es, pues en él encuentra muchas cosas sabrosas.

Ahora no anda muy tranquilo ni solitario. Por eso, ha decidido buscar un poco de calma y ha volado a un lugar cercano que queda dentro la ciudad, donde ha encontrado mucho por hacer, ver y comer. En el suelo ha observado un Cavia, que es un roedor que se alimenta de plantitas y, a diferencia del copetón, es muy sociable. De hecho, no ha parado de hablar ni un instante de diferentes cosas. Le ha contado al ave que el lugar se llama “humedal”, que suena a húmedo

¿verdad? Es porque hay bastante agua, pero también tierra, animales, plantas, un clima y seres humanos que lo han convertido en lugar muy especial. En Bogotá hay bastantes y el ave recuerda perfectamente los que llevan el nombre de animales: El Burro, La Vaca y La Conejera. También se acuerda de El Tunjo, Tibabuyes y Jaboque. A estos últimos los asocia con historias de una diosa y una cultura donde son considerados sitios de vida y alimento.

Cavia dice que el humedal es como el hotel de las aves que vienen de distintas partes del mundo a pasar temporadas y aprovechan para alimentarse y descansar. Imagino que volar desde tan lejos puede ser muy agotador. También le cuenta que hay dos aves bogotanas muy distinguidas, la tingua y la monjita. En un tono un poco burlón, el Cavia dice que la tingua tiene más patas que una mesa, pero luego, con mucha preocupación, expresa que poco a poco se ha reducido el humedal y que esto afecta la afecta debido a que toda su vida gira en torno a él, pues se alimenta en sus aguas y muy cerca de allí construye su nido.

Por lo tanto, la tingua se encuentra en peligro de desaparecer. Es triste, piensa el copetón, a veces ser tan especial, tener un corbatín y copete o una capucha amarilla, como la de la monjita, ocasiona desventajas. Sin embargo, cree que no es culpa de las aves ni de nadie.

Mientras el Cavia sigue hablando, el copetón piensa: “Veo en este lugar muchos seres humanos que se esfuerzan por conocer y cuidar este lugar; hay otros que no lo conocen. Quizás la vida urbana es un poco agitada y por ello no

# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

pueden disfrutar de este bonito e importante sitio. Creo que observar las aguas, lo verde del paisaje y encontrar animales tan curiosos revoloteando los haría sentirse mejor”.

Después de sus reflexiones, el copetón ha pensado volver y cantar un poco más fuerte para que así alguna pareja lo pueda escuchar. Ha decidido habitar los parques donde aún hay árboles y otras aves y volar vigorosamente. Probablemente algunos de esos humanos cuando caminen por los parques al amanecer o el atardecer alcen la mirada a la copa de los árboles, vean su hermoso plumaje y escuchen su maravilloso canto. Tal vez puedan pensar que, entre tantos edificios y calles formados en un altiplano, hay cerros, humedales y uno de los páramos más grandes del mundo y comprendan que somos parte de ellos y ellos de nosotros.





# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

**Mariela Cano**

**68 años**

***“Soy orgullosamente boyacense de pura cepa. Me trasladé a Bogotá a los 10 años. Soy madre de cuatro excelentes hijos, bachiller académica, líder comunal desde hace 38 años, conciliadora en equidad, jueza de paz, ambientalista de vocación y precursora de huertas urbanas en la localidad y sus alrededores”.***

## Mirada desde la parte alta

Desde la parte alta, en el barrio Nueva Colombia, de Ciudad Bolívar, veo las grandes construcciones y avenidas elaboradas con cemento y ladrillos. Esto me dio la idea de impulsar la recuperación ambiental y crear una huerta. Es así como, a partir del 6 de agosto de 2006, me di a la tarea de trabajar en un área situada en el brazo derecho de la quebrada Limas, el cual fue producto de la reubicación de 20 familias que allí vivían.

Este lugar se convirtió en un botadero de basuras, animales muertos, escombros y ropa. A esto se sumaban los malos olores. Había ratas y moscas. Pero no solo se presentaba esta situación, sino que también había consumo de alucinógenos y violaciones. Esto fue un trabajo arduo cada día, al iniciar por la limpieza y separación de todo lo que en este lugar botaban; lo que era útil se dejó para cercar el área que, en primera medida, fue de 8 metros por 6. La piedra y el ladrillo que quedaron de estas construcciones se utilizaron para hacer unos gaviones en cajas o guacales de madera que las personas de las tiendas y pequeños supermercados botaban.

Por otra parte, empecé a elaborar el lombricompostaje y compostaje para agregar nutrientes a las plantas. Para esto, fue necesario traer tierra desde Quiba Alta, Usme, y cargar desde diferentes lugares el abono de conejo, gallina y res y fabricar los hidrolatos y purines para controlar las plagas. El Jardín Botánico me colaboró con cuatro viajes de tierra y algunas plántulas. Yo compré aproximadamente otros

seis viajes de tierra. Con mi familia trabajábamos hasta las 3 de la mañana para dejarla dentro de la huerta y lograr que otras personas no se la llevaran.

En este lugar se ha sembrado arracacha, papa blanca y amarilla, zanahoria, repollo, calabacín, cilantro, lechuga, ahuyama, yacón, lulo, durazno, cerezos, brevos, pepino de guiso, feijoa, fresa, frambuesa, sagú, calabaza, uchuva, coliflor, curuba, papayuela, babaco, maíz, ají, tomate, ajo, plantas ornamentales, perejil, acelga, árboles y aromáticas.

Sin duda, este es mi proyecto de vejez. Aquí se encuentran mis hijas e hijos putativos. También ha sido un lugar de aprendizaje para niños, niñas y adultos. Fundaciones, colegios y jardines infantiles han acudido a este lugar para alguna clase de aprendizaje.

Los productos que aquí se producen se han compartido con jardines infantiles, personas vulnerables, vecinos y funcionarios públicos. Y, por supuesto, la persona que creó la huerta y la cuida con su familia ha donado, en el transcurso de los años, alrededor de 1.500 plantas y semillas de gran variedad. En mi barrio y algunas zonas vecinas he logrado que las huertas se multipliquen. De hecho, ya hay alrededor de 15 o 16.

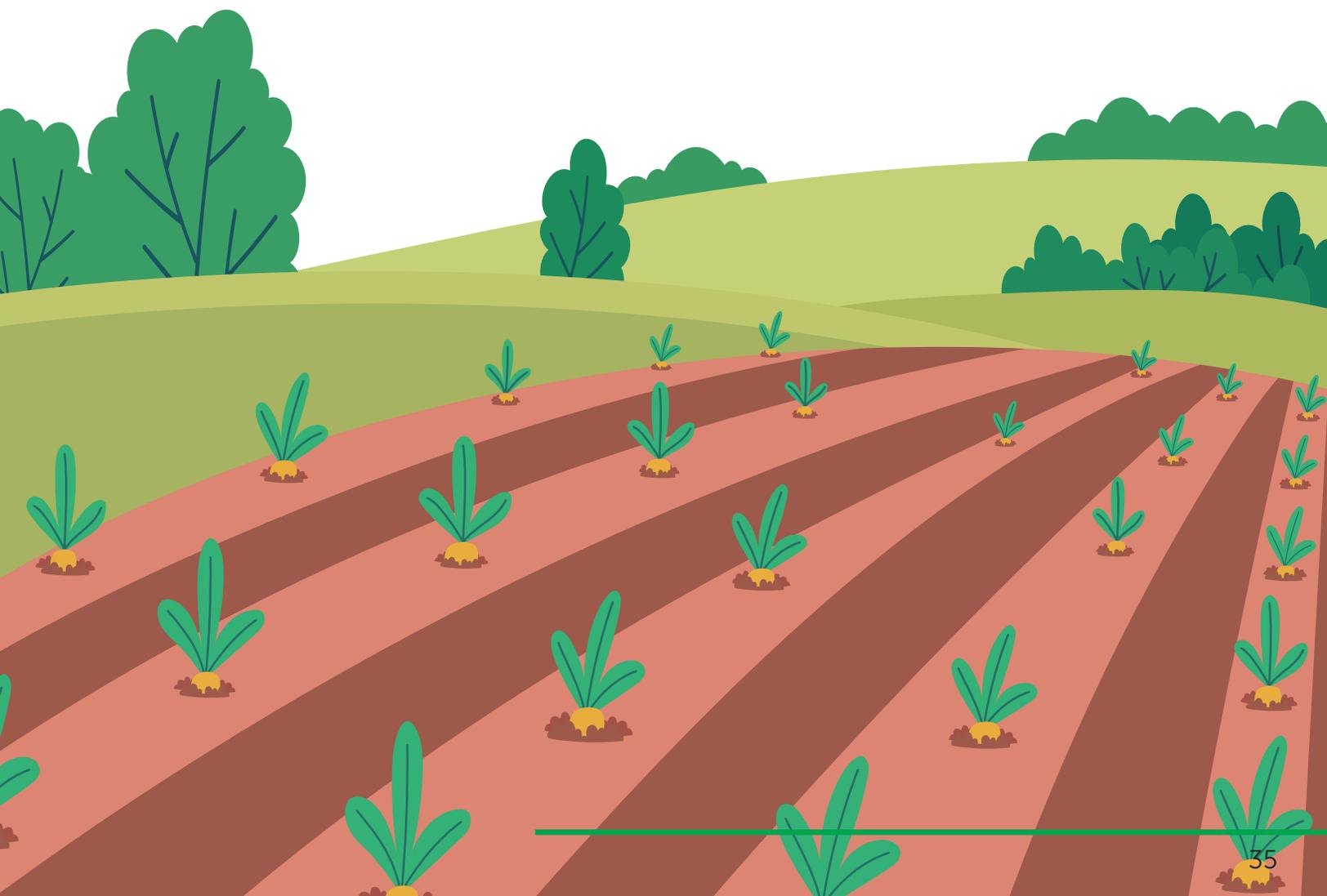
Mi propósito es también donar plantas y semillas a personas que deseen cultivar, ya que son muy pocas las que pueden gozar de las maravillas de la naturaleza en la ciudad. Sé que tengo que

# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

trabajar mucho, pero ver flora y fauna en esta pequeña área de aproximadamente 1070 metros cuadrados es una gran recompensa. En ese lugar veo el milagro del nacimiento de plantas que, incluso, no he sembrado, al igual que la belleza de cada flor y fruto, reptiles, aves, mariposas, mariquitas, saltamontes, hormigas y caracoles.

Disfrutar de cada producto orgánico que en esta recuperación ambiental y huerta se produce es inigualable. Algo muy importante es ayudar a reciclar, recuperar y reutilizar muchos desechos de cocina, bolsas plásticas, residuos, pétreos, aguas, estiércol y madera.

Si cada uno de nosotros, los ciudadanos, aprovecháramos la naturaleza que Dios ha puesto a nuestra disposición, no tendríamos el problema del calentamiento global. Interactuar con la naturaleza mejora la salud, enriquece el espíritu y, definitivamente, es una terapia antiestrés. ¡Tanto espacio disponible que hay para recuperaciones ambientales y son pocas las personas que se ocupan de esto!





# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

## Simón Antonio Barbosa García

60 años

*“Nací en Chipaque (Cundinamarca) pero me siento nativo de esta ciudad, a la cual quiero, pues me dio la oportunidad de estudiar e, incluso, ganar una beca en el exterior para realizar mi pregrado. Ahora soy pensionado, me preocupa el cuidado del medioambiente y el trabajo en comunidad. Me gusta escribir para que muchos se enteren de lo que hacemos por la ciudad”.*

### Un jardín mágico

Sentado entre arbustos, flores y árboles, tomando una pausa de mis actividades, recreándome y mirando a las personas pasar por el camino que cruza el bosque y que conecta dos sectores de mi barrio, veo con asombro que familias con niños y adultos que van pasando descuidadamente, de repente, al mirar hacia los lados, tienen una expresión de sorpresa, después de admiración y, luego, olvidando su afán, se detienen a apreciar el camino del jardín y la huerta que súbitamente aparecen ante sus ojos. Ninguno puede resistirse a la atracción que estos ejercen y, desviándose del camino, se internan en ellos y empiezan a descubrir todo lo que tienen. El padre o la madre muestra las plantas a los chiquillos y se establece un diálogo así:

—Mira, este es el cilantro. Las que están al lado son acelgas, más allá son zanahorias. ¡Ah!, mira, ese árbol tiene tomates, pero aún están verdes...

—Mami, ¿cómo se llama esa mata de flores naranja?

—Esa es la caléndula, una planta medicinal que sirve para bajar la inflamación.

Así, los niños y adultos continúan explorando su reciente descubrimiento en cada una de las áreas con forma de trozo de pizza que se encuentran sembradas con diferentes especies.

Bueno, les relataré un poco lo que me han contado acerca del origen de este bosque donde se encuentran el jardín y la huerta mencionados. El bosque nació hace más de 40 años en un área que inicialmente era una escombrera. Algunos vecinos, interesados en

mejorar su aspecto, empezaron a sembrar arbolitos de sauco, papayuelo, Eugenio, jazmín del Cabo, chicalá y chachafruto, entre otros.

Hace 10 años, en los espacios iluminados que quedaron en medio de los árboles, a un par de soñadores se les ocurrió armar una huerta con hortalizas, árboles frutales y hierbas aromáticas y medicinales que consumimos cotidianamente. Al inicio hubo resistencia por parte de otros habitantes que veían esta actividad como un apoderamiento del terreno público por parte de quienes sembraban y cuidaban las plantas, pero paulatinamente fueron cambiando de parecer y, con el tiempo, más vecinos se empezaron a interesar en participar y comenzaron a aportar semillas, otras especies de plantas y todo su esfuerzo para la huerta y el jardín.

Después del estricto encierro de casi seis meses, ocasionado por la pandemia, en septiembre de 2020 muchos vecinos estaban ansiosos por volver a disfrutar de un ambiente verde y al aire libre, así que se volcaron hacia el bosque y jardín, y formaron grupos de trabajo para idear propuestas que permitieran mejorarlos. Estos fueron días de intenso trabajo en los que se aplicó la permacultura, se trajeron materiales de otros lugares y se utilizaron algunos de los que produce el mismo bosque y se realizaron actividades como aserrar, martillar, pintar, diseñar, organizar e instalar. Este trabajo dio como resultado el embellecimiento del jardín y la huerta con cajones, materas convencionales y alargadas llenos de plantas ornamentales como hiedra, fucsia, novio, geranio, belladona, suculenta, margarita, pichona, cartucho,

# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

hortalizas, hierbas aromáticas, entre otras. Las personas también armaron algunas mesas improvisadas con tablas y troncos y los dispersaron por el bosque y el jardín.

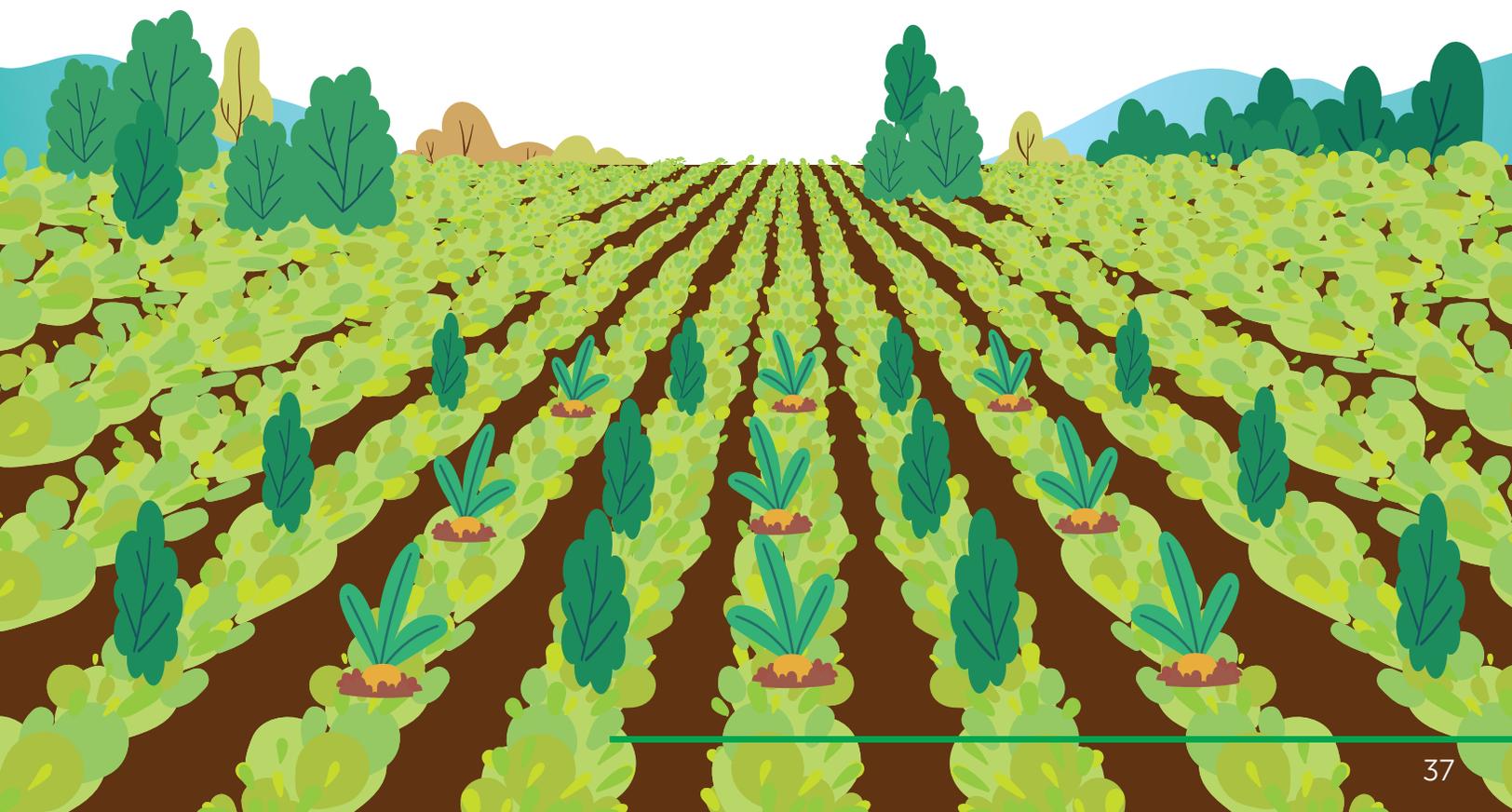
Después del mejoramiento del parque, y por la necesidad de compartir teniendo en cuenta las medidas para prevenir el contagio del coronavirus, las reuniones familiares y de amigos se volvieron usuales en el paisaje cotidiano del parque. Todos realizaban desayunos, almuerzos, asados, celebraciones, capacitaciones, cursos, bailes, etc.

Pero esto no es todo con lo que cuenta el parque, también tiene un gran atractivo para grandes y chicos que es la "Granja Marielita", que lleva este nombre en honor a su fundadora y cuidadora fallecida en un desafortunado accidente. Se trata de un minizoológico que alberga gallinas criollas y kikas, cobayas,

conejos, pavos, patos y al perro Sam.

Una de las principales actividades que se lleva a cabo los domingos en el jardín es el encuentro del grupo de huerteros para compartir un café con algo de comer y trabajar rociando las matas, quitando la maleza y poniéndole compost orgánico, que se produce en el mismo bosque con los desperdicios frescos de la cocina que ellos mismos llevan y siembran.

Finalizo este corto relato, estimado lector, invitándolo cordialmente a conocer lo que les acabo de describir y denominamos nuestro "Jardín Utópico", a intercambiar experiencias con nosotros y participar en las labores. Me gustaría que esta iniciativa se replicara por toda la ciudad, pues su principal aporte es la creación y mantenimiento del tejido social. Este bello jardín y huerta se encuentra ubicado en el Parque del CAI, en el Barrio La Esmeralda en Bogotá.





# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos

## Presentación de jurados

Para la calificación de estos relatos, la Secretaría de Ambiente contó con el apoyo de los siguientes profesionales:

### **Ángela Fernanda Cabrera Fonseca**

Magíster en Infancia y Cultura, especialista en Infancia, Cultura y Desarrollo y Licenciada en Educación para la Infancia de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Tiene experiencia en diseño, implementación y sistematización de procesos de participación de niñas, niños y adolescentes para la formulación, seguimiento y transformación de políticas públicas; liderazgo de equipos de trabajo que garantizan procesos de educación, atención integral, movilización social y participación de la infancia y la adolescencia; docencia universitaria; y desarrollo de procesos de investigación, acción, participación e innovación en educación y medios de comunicación para la infancia.

Actualmente es maestra de primaria en el Liceo Nacional Agustín Nieto Caballero y docente de la Licenciatura en Educación Infantil de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

### **Olga María Zárate**

Candidata a magíster en Desarrollo Humano de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Argentina). Comunicadora social, periodista y organizacional de la Universidad Autónoma de Bucaramanga. Dentro del Ministerio de Educación ha sido la líder del diseño e implementación de proyectos para la promoción de la participación estudiantil con el Parlamento Juvenil del Mercosur y el fortalecimiento del Sistema Regional de Evaluación y Desarrollo de Competencias Ciudadanas SREDCC con Costa Rica, y México, el Sistema Nacional de Convivencia Escolar y la estructuración de la Cátedra de la Paz. Además, ha sido directora de Calidad y Cobertura.

En la actualidad es la líder del plan de desarrollo de entornos escolares para la vida de la convivencia y la ciudadanía del Ministerio Nacional de Educación.

### **María Mercedes Callejas**

Licenciada en Biología y Química y magíster en Educación. Es profesora universitaria, investigadora en los campos de educación para la sostenibilidad, formación de profesores universitarios y educación con enfoque en ciencia, tecnología, sociedad y ambiente.

Actualmente es la Decana de la Facultad de Ciencias Ambientales y de la Sostenibilidad y directora de la Maestría en Educación Ambiental de la Universidad de Ciencias Aplicadas y Ambientales.

### **Javier Guillot**

Líder del ámbito de Cultura Ambiental en la Subsecretaría Distrital de Cultura Ciudadana de la Alcaldía Mayor de Bogotá. Recientemente trabajó como cofundador de Círcula, una organización que crea respuestas a desafíos de la economía circular enfocándose en el comportamiento humano y la cultura, así como coordinador del Equipo de Innovación Pública del Departamento Nacional de Planeación. Estudió filosofía en la Universidad Nacional y cursó una maestría en Filosofía en la Universidad de Pensilvania y una maestría en Políticas Públicas en la Hertie School.

# Relatos urbanos de los ecosistemas bogotanos



SECRETARÍA DE  
AMBIENTE

